nos retiene todavía milagrosamente, es proclamada en el dia mismo por nuestros mas violentos enemigos como el mayor obstáculo á su obra de suprema destruccion. ¡Y nosotros, á quienes aquella conserva y salva á cada hora, no la hemos de confesar!

¿Siempre para no ver tendrás los ojos? ¡Oh pueblo ingrato!

Hé aquí lo sobrenatural; he aquí el milagro de que hablo; no es necesario ir á buscarlo mas lejos.

IV

QUE SE LE HA VUELTO Á DAR VARIAS VECES LA VIDA Á LA FRANCIA.

Y ahora, ¿qué habría de extraordinario y de increible en que lo que nos sostiene aun nos levantará?

¿Qué habria de imposible en que ese foco de sobrenatural reviviese al soplo del mismo Espíritu que lo ha encendido por primera vez?

Lo que ha bastado para salvar al mundo bastará para salvar á la Francia.

Cuando ese divino Espíritu vino á sacar de la descomposicion del antiguo mundo una nueva tierra y nuevos cielos, fue tal el milagro, que no podia esplicarse sino por los milagros evangélicos y apostólicos que fueron sus medios y cuyo efecto llegó á ser tambien su prueba. Pero puede decirse de esta creacion espiritual lo que se dice de la creacion de la naturaleza, que su conservacion es una creacion contínua. El catolicismo no se ha conservado hasta nuestros dias en el se-

no de un mundo que lo ha combatido diversas veces, sino por el mismo prodigio que lo introdujo en él. Esto es evidente en cuanto á la integridad de su doctrina, á la pureza de su moral, al vigor de su disciplina, á la fecundidad de su accion, que han permanecido intactas é inagotables durante diez y ocho siglos en el seno de un mundo donde todo sufre la ley de la descomposicion. Pero esto es patente en la institucion del Papado, que es su sede y el foco para todo el universo. Este prodigio, lejos de disminuirse, se agranda por su sola duracion, que se evade visiblemente á la ley del tiempo. Sobresale especialmente en diversas épocas donde el ataque de que es incesantemente objeto adquiere proporciones inconmensurables, y donde destituido de todos los auxilios humanos, no solamente se halla su debilidad á prueba de toda clase de violencias, sino que toda clase de violencias es quebrantada por su debilidad; lo cual no puede racionalmente esplicarse sino porque esta debilidad oculta una fuerza verdaderamente sobrenatural.

Esta fuerza es la que no tan solo sostiene á la Iglesia cristiana contra todos los asaltos del mundo social, sino que sostiene por medio de ella á este mundo mismo contra sus propios elementos de destruccion. Veinte veces ha estado á punto de caer y otras tantas veces la ha retenido y vuelto á levantar esta fuerza. Esto es sobre todo cierto respecto de la Francia, donde se juegan ordinariamente los destinos del mundo.

Recordemos tan solo algunas de esas crísis memorables en que la Providencia nos ha mostrado lo que debemos esperar todavía de ella.

En el siglo XII, las heregías maniqueas amenazan

volver á sumergir al mundo en las tinieblas; estas son disipadas por la accion espiritual del Pontificado, por la reforma católica de los pueblos, y vése brotar el magnífico siglo de las cruzadas y de San Luis.

En el siglo XIV, la Francia, bajo el rey Juan, nos ofrece el cuadro notable por su analogía con el estado en que nos hallamos. Los desastres de Crecy y de Poitiers, donde la valentía del soberano salvó, no obstante, el honor de su corona, habian entregado la patria al extranjero. La Commune en París, habiéndose apoderado de la artillería bajo el pretesto de la defensa nacional, y principiado sus crímenes con el asesinato de dos generales y de un magistrado, reclutándose con todos los criminales por delitos comunes, obliga al Regente á retirarse á Compiegne, donde convoca los Estados generales, y se vé obligado en frente del enemigo vencedor á sitiar su capital. La Jacquería en las provincias responde á la Commune de París. Agréganse los horrores de la guerra social á todos los de la conquista. El tratado de Bretigny nos impone la pérdida de veinte provincias y de una indemnizacion de mas de veinte millones, suma enorme en aquella época. El hambre y la peste se ceban por añadidura en la desdichada Francia, que hallegado á ser segun dice un cronista, objeto de desprecio y de mofa para las demás naciones. ¿Y qué es lo que le resta para levantarse de este sepulcro? Un jóven de diez y nueve años, enfermizo, que no sabia manejar una lanza y que habia vivido en las frivolidades de la córte. Y no obstante, de este jóven sale Cárlos V, un prodigio de sabiduría, de habilidad, de energía, de capacidad real, que reconstruye rápidamente y á un tiempo mismo el ejército, la mari-

na, la hacienda, la justicia, la administracion, la política esterior; que cita al vencedor á su tribunal, le hace condenar en el Parlamento por contumacia, y como para ejecutar justicia, le vuelve á tomar con la espada de Duguesclin todas nuestras provincias, purga de él á la Francia y le reduce á pedir una paz que aquel le rehusa. Este prodigio no se realiza solamente por Cárlos V. A él concurre la Francia admirablemente por medio de sus Estados. ¡Y á qué inspiracion obedece ella misma! ·cuál fue el primer resorte de esta gran resurreccion! Hallámoslo inscrito en el Acta de los Estados de 1336. «El primer consejo que las gentes de los tres Estados quieren dar y dan en efecto al Señor Duque, es que tema á Dios; reverénciese y honre á Dios y á sus ministros y observe sus mandamientos.» Todos los demás consejos que siguen son la consecuencia de este, que es el primero de todos. Y en breve vemos á este jóven monarca, por el admirable régimen de su vida que nos ha trasmitido Cristina de Pisau, distribuyendo sus horas entre la oracion, el cuidado de los negocios públicos, los goces austeros de la familia y el estudio de las ciencias, de la filosofia y de la religion (1).

Bajo el reinado siguiente, la Providencia dejó que volviera á caer la Francia, como para darle al mundo el testimonio de un nuevo prodigio en favor suyo: Juana de Arco figura tállada enteramente en el milagro; cuya realidad desconcierta toda crítica y que desenbarazándose en nuestros dias de todo velo de duda y de olvido,

⁽¹⁾ Véase el excelente trabajo de M. Carrel sobre el Tratado de Bretigny.

parece no haber llegado á ser un sujeto de reparacion y casi de culto, sino para ser una prenda de esperanza y un signo de refugio en la misma fé que lo produjo, contra la misma impiedad que lo ultrajó.

El advenimiento de Enrique IV, viniendo, al través de tantas sangrientas y vergonzosas peripecias, á sacar

de tantas sangrientas y vergonzosas peripecias, á sacar á la Francia de la descomposicion política, moral y religiosa á que habia descendido bajo los últimos Valois, si es menos prodigioso, lleva, no obstante, sobre todo en el grande acto que lo decidió, un carácter providencial de salvacion que merece notarse. Sobre este particular, no tengo mas que repetir su propio testimonio, y el de su tiempo. Es curioso leer en las Memorias de Lestoile, la manera como el Bearnes se halló como impulsado por una influencia superior á dar un paso que muchos de los suyos juzgaban imprudente, - Dios me dice que pase, les dijo, y que vaya. No está en manos del hombre el retenerme, porque Dios me guia y pasa conmigo.» M. Lestoile nota asimismo que Enrique de Borbon llegó á la monarquía» por medios enteramente desconocidos á los hombres y mas milagrosos de lo que se puede imaginar, sus mayores enemigos fueron los que le llevaron en hombros hasta el trono real, Milagro de los milagros

ojos (1).»

Al mismo tiempo se declaraba, estendiéndose del centro del catolicismo á toda la cristiandad, esa maravillosa regeneracion católica que contuvo la ruina de

v el cual no obstante hemos visto con nuestros propios

la Europa, víctima de las mas horribles y prolongadas conmociones, por medio del impulso de tanta santidad, que préparó el de tanto genio y nos valió el gran siglo.

Despues de la misma Revolucion que parecia haber roto para siempre con el órden religioso, ¿no hemos tenido la resurreccion de la Francia bajo el Consulado, por medio del sorprendente restablecimiento del concordato con Roma?

Finalmente, despues del criminal orgullo y de las locas conquistas que han ido á parar á la invasion estranjera, ¿que es lo que ha levantado á la Francia del campo de batalla de Waterlóo, lo que la ha vuelto á poner en posesion de su territorio y de sus destinos y la ha hecho remontarse al primer rango, si no es tambien uno de esos golpes de la Providencia que nadie puede atribuirse, que nadie preve y cuya misteriosa iniciativa se reserva siempre Dios solo? - «Los enemigos de la Restauracion, dice M. Guizot, han incurrido para condenarla, desde el primer dia, en estrañas contradiciones; si fueramos á creerlos, tan pronto era impuesta á la Francia por las bayonetas enemigas, tan pronto nadie se cuidaba de ella en 1814, lo mismo la Europa que la Francia..... ¡Pueril ceguedad del espíritu de partido! Cuanto mas se pruebe que no reclamaba y no hizo ninguna voluntad general, ni ninguna gran fuerza interior ó esterior la Restauracion, mas en evidencia se pondrá su propia é íntima fuerza y esa necesidad superior que determinó el acontecimiento (1).... «Un movimiento irresistible, ha

⁽¹⁾ Memorias de Lestoile. Edit. Michaud y Poujoulat. p. 291.—Los dias nefastos de la Francia. Previsiones sacadas de lo Pasado. París, Librería general, boulevard Haussman, 72.

⁽¹⁾ Memorias para servir á la historia de mi tiempo. t. I. pág. 29 y 30.

Hé aquí algunos de los precedentes que distinguen la historia de la Francia de todas las demás, que hacen de nosotros una nacion providencial, de quienes se ha podido decir, que Dios reparaba durante la noche las faltas que se cometian durante el dia, y que autorizan la esperanza.

¿Por qué, en efecto, no ha de renovarse en nuestra triste época, que tanto se parece á aquellas, la misma

(1) Historia de la Restauracion, t. II, p. 232.

de la mentira y del perjurio.

accion imprevista providencial, atraida por la conciencia de nuestros errores? ¿Acaso se ha acortado el brazo de Dios? ¿ No se halla en medio de nosotros el milagro viviente de la Fé y de las obras, resistente y persistente hasta el martirio, y esa sangre de los justos que ha empapado nuestro suelo ¿no ha impreso en él una carta de liberacion? El milagro de la Iglesia y del Pontificado, el gran milagro permanente y que va agrandándose durante diez y nueve siglos, ¿no parece hallarse elevado en nuestros dias á su mas alta potencia en esa maravillosa figura de Pio IX, que nos envidiarán los siglos futuros? y la solidaridad de sus desgracias y de las nuestras, ¿no nos presagia la de nuestra comun restauracion? La hija mayor parece participar de las promesas hechas á la Madre. Acaso sea muy culpable y merezca que se le retire su mision providencial; pero cuando está clavada en la cruz con su Salvador, se templa, vuelve á inspirarse en ella y reporta beneficios de la misma.

Y entonces se le dice como al buen ladron: «Hoy estarás conmigo en el Paraiso.» A ella le toca pues, comprenderlo.

Y estos no son místicos alucinamientos. Son analogías de esperiencia y de razon histórica, y como una especie de ley. Solo parecen vanas á la mas vana credulidad; la fé esclusiva en sí mismo.

¿No es verdad, en efecto, que en este momento la Francia tiene los mismos enemigos interiores y exteriores que la Iglesia, y que ambas causas se hallan enlazadas? ¿No es cierto, no es visible que una y otra han sido siempre humilladas y levantadas al mismo tiempo y por los mismos ataques y las mismas reparaciones? ¿No es cierto,

⁽²⁾ Historia del Consulado y del Imperio, t. XVII, lib. LIII, donde se vé, que los Borbones fueron una solucion providencial cuya iniciativa fue solamente de la Francia, y que lejos de inspirárnosla el estranjero, se impuso á él como una necesidad suprema de respeto, para la Francia y de honor para la Europa. El mismo testimonio se encuentra en las Memorias de Carnot.

en fin, que si alguna simpatía, algun auxilio, alguna protesta detienen todavía las últimas olas de la violencia contra la Santa Sede, parten especialmente de la Francia, á pesar de su desgracia, esos testimonios consoladores, y que recíprocamente de la Iglesia y de Roma es de donde vienen á Francia los consuelos, las bendiciones y los presagios? Esto no es una mera casualidad; es, me atrevo á decirlo, la ley moral é histórica de los acontecimientos.

Asi pues, el Pontificado, la Iglesia no perecerán y saldrán triunfantes de la prueba. Esto es cierto; cierto tambien con una certidumbre de esperiencia, cuando no fuera de fé.

La Francia tiene, pues, por prenda de su restauracion la restauracion misma de la Iglesia.

No digo yo, sin duda alguna que esto sea necesario, y no pretendo elevar los destinos de la Francia al órden sobrenatural propiamente dicho. Pero digo, que así ha sido siempre, y que es una razon que vale como cualquiera otra que esto sea todavía así.

Dios no necesita de la Francia, como la Francia necesita de Dios. No. Pero Dios ha querido siempre hasta aquí necesitar de la Francia. El gesta Dei per Francos, si no es de fé, es histórico, y ha tenido siempre como recíproco, la intervencion providencial y á veces milagrosa de Dios en todas las grandes crisis de la Francia.

Añadiré tambien, que este papel de la Francia ha sido dejado vacante desde este momento por las demás naciones que parecen reservárselo: mas que esto, que parecen habérselo creado por medio de su guerra tan impolítica á la Iglesia.

Y no hay que equivocarse sobre la trascendencia de

estas consideraciones para tacharlas mas fácilmente de quimeras. No quiero decir por esto, que debamos esperar esa salvacion providencial sin trabajar nosotros mismos en ella; sino para que trabajemos mas. Dios no nos salva nunca fatal y pasivamente. El milagro mismo no es jamás un hecho exclusivo suyo. Hay mas; hásenos siempre presentado en esta religion tan humana y tan racional del Evangelio, como nuestra obra. Cuando Dios que se revela en ella con rasgos tan verdaderos, obra un milagro de curacion y hasta de resurreccion, siempre atribuye su móvil á la fé de aquellos á quienes interesa este milagro. No es él en cierto modo quien nos salva, sino nosotros mismos quienes nos salvamos: tu fé te ha salvado, dice el Señor. Tampoco es esto decir, que no haga él mismo lo que solo el puede hacer, sino que somos nosotros los que le ponemos en cierto modo, en movimiento, y él cede el paso por decirlo así, á nuestra actividad, inspirándola y asistiéndola. Esto es lo que espresaba admirablemente Enrique IV con aquellas palabras que citábamos hace un instante y que respiran un inimitable sentimiento de verdad: «Dios me dice que pase y que vaya. No está en manos del hombre retenerme, porque Dios me guia y pasa conmigo.»

No hay pues nada menos especulativo, nada mas activo y mas práctico en sí que estas consideraciones, y ellas no constituyen una razon tan fuerte de esperar, sino porque son una razon de obrar, de obrar mejor que por medio de la simple esperanza humana, que gira tan presto hácia la impotencia y la decepcion. Trataré de demostrarlo con un ejemplo cuando llegue á tratar de los medios de salvacion.